

Selena

*La orquesta del mundo
de las nieblas*



Capítulo 6

Epílogo de la primera parte



Dedicado a H el ene Grimaud
Stéphane MEER, 16 abril 2007

Epílogo *de la primera parte*



La columna armada del mundo de las tinieblas se estiraba laboriosamente con destino al este.

Adelante caminaban los soldados de infantería con sus dos presos, en el centro los dragones, rodeando Brasas montado por la Reina Theresa Wagner, y su jefe de guerra, el coronel Malitte, montado en Fusión. Detrás de ellos, otra columna de soldados de infantería no parecía mantener la cadencia y se estiraba en una centena de metros.

La reina dio la vuelta y dijo:

« Coronel, haga avanzar a sus hombres, van atrasados »

« Sí Majestad, pero tenemos heridos, algunos pueden difícilmente caminar y otros están muy debilitados, si los apresuramos pueden morir. »

« ¡ Parémonos, y hágalos caminar en columna delante de mí! »

« Bien Majestad. »

Creyó ver un flash rojo pasar en las pupilas negras de la Reina.

Los soldados heridos estaban en un estado lastimoso. Los más numerosos llevaban el rastro de mordeduras dolorosas de lobos, sus carnes estaban desgarradas, y sin duda alguna la infección se propagaba. Caminaban por instinto de supervivencia, conscientes que si se paraban allí, se los dejaría morir en el borde del camino. Era así entre los mercenarios, se peleaban por dinero, socorrer a un herido no aportaba nada, y hasta, si moriría, era un competidor por lo menos por lo menos en el mercado del trabajo.

Otras eran víctimas de choques violentos, sus heridas no eran tan espectaculares porque las fracturas no sangraban. Se parecían más a un ballet de marionetas desarticuladas, los ojos despavoridos de dolor.

Lo más inesperado, eran los grandes quemados. Eran los desgraciados, las víctimas colaterales que habían tenido por sola culpa encontrarse en el mal lugar en el mal momento. La visión de los dragones no era muy detallada, y en la acción, pasaba muy a menudo que quemaran involuntariamente a sus propios soldados. El movimiento de los jinetes enemigos arrastraba tiros en rotación rápida de la cabeza con consecuencias terribles para los soldados de infantería no protegidos.

La columna quedó detenida durante treinta minutos, el tiempo para que todos los heridos se reagruparan delante del dragón de la Reina.

Luego dio la orden de caminar de nuevo.

Al dar la espalda, no estuvieron seguros de haber oído el pequeño castañeteo de diente, generando una chispa muy pequeña que inflamaba inmediatamente el napalm líquido. Algunos tuvieron la fuerza de aullar, la inmensa mayoría, ya tan debilitados, cayeron inmediatamente en estado de choque, en un coma mortal. Brasas era el más grande de los dragones, un coloso inmenso, cuyo chorro de llama podía alcanzar fácilmente los más alejados.

Algunos intentaron huir por los lados, pero pasaron delante de los dragones de escolta de la reina que no les dejaron ninguna posibilidad.

« ¡ Asa, marcha! «

Con esta orden, el dragón bajó su cabeza enorme y tomo en su boca los cuerpos en curso de combustión y de un movimiento de su cuello inmenso, los lanzó lateralmente fuera de vista detrás de los matorrales de espinos.

« ¡ Coronel Malitte, pienso que podemos avanzar ahora! «

No respondió. No podía más hablar. Su garganta estaba como tomada en un torno. Los hombres que acababan de morir eran SUS hombres, habían obedecido a sus órdenes, se habían peleado por él. Todos merecían su respeto, y era una parte de si mismo que acababa de desaparecer atrocemente bajo sus ojos. Se sentía cobarde de no haber podido hacer nada, se sentía cobarde de no haber dicho nada. Esto no podía más seguir así, no estaba hecho mas para esto, algo debía cambiar en este mundo de crueldad y de maleficios. Pero no debía ceder a la emoción; el arte de la guerra estaba hecho de estrategia, la elección del momento era esencial. Este momento vendría, era necesario.

Los ojos de Reina Theresa estaban fruncidos, no dejando aparecer mas que sus pupilas rojas. Alguien debería pagar por la humillación de este retiro. El momento de las explicaciones iba pronto a llegar.

Marx Igor no había enviado sus Ptérosaures que ella misma había criado para ser el arma de la guerra más temible y más decisiva en la batalla, tendría que dar cuenta de eso.

Para la Reina Theresa Wagner la derrota no era una opción. Se había atrevido a cruzar su camino, a hacerle sufrir la vergüenza del fracaso, tenía que pagar, pagar el precio fuerte, porque una reina no podía ser débil. No se perdonaría la debilidad en una mujer de mando y sabía que la salvaguardia de su poder, y hasta su simple supervivencia justificaban su disciplina de hierro y su mental infalibles. Lloraría más tarde, en silencio, escondida en un lugar aislado, su soledad, sus miedos, su angustia profunda, los traumatismos de su infancia de víctima ... ¡ Pero ahora no! Ahora no era el momento de la mujer, era el momento de la Reina, de la terrible Reina Wagner capaz de enviar a la muerte a sus centenas de soldados sin fallar, porque tal era el deber, el oficio, el destino de ser Reina.

 ...